Mi Tierra Extraña

Miguel Luis González

Índice

[Índice 3](#_Toc53403939)

[*Primera parte* 5](#_Toc53403940)

[Gatwick Airport 6](#_Toc53403941)

[Antón Martín 11](#_Toc53403942)

[Gran Vía 20](#_Toc53403943)

[Argüelles 29](#_Toc53403944)

[Tribunal 45](#_Toc53403945)

[San Bernardo 59](#_Toc53403946)

[Atocha 68](#_Toc53403947)

[Banco de España 79](#_Toc53403948)

[Prosperidad 93](#_Toc53403949)

[*Segunda parte* 112](#_Toc53403950)

[Begoña 113](#_Toc53403951)

[Ramón y Cajal 124](#_Toc53403952)

[Forest Hill 132](#_Toc53403953)

[Tirso de Molina 149](#_Toc53403954)

[Sevilla 158](#_Toc53403955)

[Bilbao 166](#_Toc53403956)

[Cercedilla 174](#_Toc53403957)

[*Tercera parte* 190](#_Toc53403958)

[Ópera 191](#_Toc53403959)

[Batán 202](#_Toc53403960)

[Ciudad Universitaria 216](#_Toc53403961)

[Pozuelo 225](#_Toc53403962)

[Barrio del Pilar 236](#_Toc53403963)

[Alonso Martínez 241](#_Toc53403964)

[Aeropuerto Adolfo Suárez 253](#_Toc53403965)

[Príncipe Pío 260](#_Toc53403966)

[Epílogo 274](#_Toc53403967)

# *Primera parte*

# Gatwick Airport

A mi alrededor, cientos de personas iban y venían tirando de su equipaje. Estaba en un asiento con los pies sobre mi maleta cuando una notificación en el reloj me confirmó que saldría sin retraso. El vuelo IB-2312, programado a las 12:10 del 12 de septiembre de 2035 con destino a Madrid-Adolfo Suárez, aún tardaría una hora en salir. Me era imposible llevar la cuenta de las ocasiones en que había estado en Gatwick anteriormente; de hecho, no recuerdo la primera vez que estuve allí. Mis padres me habían contado decenas de veces que fue desde ese aeropuerto, siendo yo un bebé, cuando viajamos una Navidad a que me conocieran mis abuelos.

Tenía dieciocho años recién cumplidos pero no muy claro ni quién era ni tampoco quién quería ser y esperaba que este viaje me ayudara a dar respuesta a esas preguntas. No fue fácil ni simple encontrarlas, aunque en su búsqueda resolví misterios que en aquel momento no conocía, pero habían puesto patas arriba las vidas de las personas que más quería.

Los cambios que sufre la zona comercial de Gatwick forman parte de esa sensación de que el tiempo corre como rodando cuesta abajo sin freno, igual que las tiendas que abren para sustituir a otras en el barrio del extrarradio de Londres en el que había vivido desde que tenía memoria. Unos locales abrían sus puertas y otros las cerraban, intentando seguir el ritmo de una sociedad que se cansa demasiado pronto de todo, que de lo único que no se harta es de ese cambio constante orquestado por un sistema que se rompe si deja de girar, como una bicicleta de piñón fijo.

En cambio, viajar en avión seguía siendo parecido a como lo recordaba desde pequeña: guardar en mi reloj el código para pasar a la zona de embarque, escanear mis pocas pertenencias y tragar saliva antes de cruzar el arco de seguridad. Al menos ya no me hacían abrir la maleta, como en la ocasión en que me morí de vergüenza cuando delante de papá y otros ojos extraños me revisaron el equipaje de mano y rebuscaron entre mi ropa interior. Desde que se usan escáneres de tomografía para el control de seguridad es mucho más rápido.

Lo que hacía diferente aquel viaje es que no me acompañaba mi familia. Tan solo una vez fui en avión sin mis padres, éramos un grupo de cinco o seis menores que íbamos solos y una azafata nos acompañó durante la espera hasta la puerta de embarque, donde la tripulación de cabina se encargó de nosotros. Sus padres, unos divorciados, otros enfermos, y la mayoría —como en mi caso— trabajando demasiado, nos mandaban de vacaciones con nuestros abuelos u otros familiares. Cuando hice ese viaje, para pasar una Semana Santa con mis abuelos Ismael y Marisa, fue probablemente la primera vez que sentí que no era la única que no terminaba de pertenecer a ningún sitio. Nos contábamos por cientos de miles los hijos de esa generación de españoles que dejó su país para comenzar una nueva etapa en el extranjero, una gran parte en lo que por aquel entonces era Reino Unido.

Me reconocía de alguna forma en ese país que hacía casi una década que no visitaba, desde el eclipse de sol de 2026 que fuimos a ver poco después de morir mis abuelos en una escapada fugaz. Después de llevar casi toda la vida preparándome para poder cursar la universidad en mi país, pasar noches en vela pensando en mis *A plus*, horas con tutores en mi habitación memorizando pregunta tras pregunta, casi idénticas, para sacar la mejor nota posible en los *GCSE*, hacía un par de años que me había empezado a plantear que quizás no era ese mi lugar. O al menos, que no lo tenía claro y debía escapar para comprobarlo. Me daba la impresión de que la cultura que creía mía se me quedaba pequeña y que todos los chicos a los que había besado no eran más que reflejos del mismo modelo en diferentes espejos, personas con expectativas idénticas y sueños similares. Fue entonces cuando agradecí haber dedicado tantos sábados a ir a ese austero y destartalado edificio en el sur de Londres, donde el Gobierno español mantenía un centro para que los hijos de los expatriados pudieran aprobar la reválida a los dieciocho años y cursar la universidad en España. Además, el precio de estudiar en Inglaterra era prohibitivo y la gente solía acabar la carrera con una deuda que tardarían un par de décadas en pagar. Tristemente, desde que se produjo el *Brexit*, ningún británico que no tuviera pasaporte de la Unión Europea gracias a sus padres comunitarios podía ir a estudiar fuera totalmente gratis, como iba a ser mi caso. Además, había solicitado una beca para familiares regresados que me daría algo de independencia económica.

La población de España no había hecho más que disminuir desde mitad de la década de 2010, porque poca gente se atrevía a formar una familia por, entre otras razones, la inestabilidad laboral, y menos aún desde la profunda crisis de los años veinte. El nuevo Gobierno, que mis padres decían eran herederos del 15-M, aunque no terminara de comprender lo que significaba, había iniciado el plan *Juventud con Futuro*. Ayudas radicales a las parejas con hijos, gratuidad de todos los servicios hasta los 18 años, y también a los españoles en edad laboral que regresaban tras haber emigrado ellos mismos o sus padres desde principio de siglo. Fue gracias en parte a ese plan que decidí lanzarme a aquella aventura.

Así que, además del esfuerzo de sacar los *A levels* para no dar un disgusto a mis padres, había estado dos años memorizando reyes, batallas, escritores, y leyendo las decenas de novelas que Mr. Gómez, el profesor de literatura, me había recomendado. Hubo muchas que influyeron en la decisión que se hacía realidad ese día: *El Árbol de la Ciencia*, *La Regenta*, *La Casa de Bernarda Alba*, *Los Pazos de Ulloa*… Un país tan mío, pero a la vez tan desconocido y donde nunca había estado más de un par de semanas seguidas, al que conocía más por libros, películas y las batallitas de mis padres que por experiencia propia, pero del que estaba deseando empaparme.

Imaginé a mis padres haciendo el camino inverso hacía ya veinticinco años, aunque juntos, ya que se conocieron en un barrio de Madrid del que nunca recordaba el nombre. Emigraron a Londres para trabajar de cualquier cosa y mejorar su inglés, aunque poco a poco consiguieron tener una vida de británico medio, y que mi infancia y la de mi hermano se pareciera bastante a la de mis compañeros de clase. Me imaginé que esa mezcla de emoción y vértigo que sentía debía ser común a todo emigrante, y mis padres la habrían sentido también en su momento. Con el tiempo debieron de coger desapego a España y hacía años que no íbamos ni en Navidades ni en verano; justamente desde que murieron mis abuelos, cuando era lo suficientemente mayor como para recordarlo pero demasiado pequeña para entender ciertos aspectos del mundo adulto.

Cuando pensaba en la época en la que mis abuelos aún vivían mi reloj vibró para indicarme que me dirigiese a la puerta de embarque XT-21. Tomé aire, y me levanté en dirección al avión que me llevaría a Madrid.

# Antón Martín

Lo primero que me impresionó al llegar a Madrid fue aquella enorme y laberíntica estación que se había construido en el centro de la ciudad, a la que no fueron muy originales en llamar «Madrid-Centro» y terminaron a finales de los años veinte.

Salí del subterráneo en la boca de Antón Martín y me dirigí al Hotel Quiroga, donde tenía reservada una micro habitación individual para una semana, tiempo que esperaba fuera suficiente para encontrar piso. Hice *check-in* y al posar finalmente la maleta en el suelo, me di cuenta de que era la primera vez en mi vida que tenía una habitación de hotel para mí sola. Miré a mi alrededor y tampoco había mucho que celebrar: un pequeño servicio con ducha, una cama limpia pero que resultó demasiado blanda y que ocupaba casi la totalidad de la habitación, y una pantalla colgada de la pared al pie de la cama. Las paredes estaban vacías excepto por un cuadro de arte abstracto atornillado a una de ellas. Recorrí el estrecho pasillo que quedaba a un lado de la cama hasta la ventana y, tras conseguir abrirla unos cuantos centímetros, me asomé por ella. El tráfico de la calle Atocha me recibió: multitud de autobuses y coches con el típico zumbido de los motores eléctricos se deslizaban por ambos carriles de la calle. Tras una siesta —para ir haciéndome a las costumbres, pensé erróneamente— una vez llegó la noche, me decidí a salir de la diminuta habitación con el objetivo de explorar el barrio.

A los pocos metros de la puerta del hostal volví a ver el nombre de la antigua estación: «Centro / Antón Martín». Me hizo gracia el nombre en esa pequeña placa metálica con forma de rombo que presidía la boca que entraba en el subsuelo. Casi todas las estaciones de metro de Madrid sonaban a la vez ridículas y grandilocuentes. Había visitado esta ciudad año tras año cuando era pequeña —y algunos incluso dos o tres veces—, y aun así me sentía tan fuera de lugar. Reconocía acentos, personajes en los nombres de las calles, incluso el olor que escapaba de los bares me traía a la memoria los arroces de papá y las lentejas de mamá.

Al caer aquella noche de mitad de septiembre me invadió una extraña sensación de soledad, familiaridad, y lejanía. Echaba de menos el olor de Londres, de mi barrio, de la habitación de la que había estado despidiéndome durante todo el verano. Me pregunté si Beccy, mi mejor amiga, habría encontrado a una nueva confidente en esos primeros días de universidad. Incluso al idiota de Chris, a pesar de que lo hubiéramos dejado hace ya más de tres meses, también le echaba de menos… ¡Qué lejos parecía aquel mundo y qué cerca a la vez!

Di un paseo por calles en las que parejas, ancianos, jóvenes y familias se mezclaban en bares, cafés y tiendas de ropa a punto de cerrar. Al cabo de una hora decidí que había sido un día largo y me merecía un descanso.

El listado que me hizo mi padre —que creció y vivió en esa ciudad hasta que emigró con mi madre a los pocos años de terminar la universidad, y se hace llamar *experto en Madrid*— me sirvió de bien poco. Aunque fuera la misma ciudad, las cosas habían cambiado mucho desde que mis padres se conocieron una noche disfrutando de la vida nocturna en los primeros años del siglo veintiuno. Ni la máquina donde cargué mi reloj con un *e-pass estudiante* tenía la opción «Metrobús», que según mi padre era la más económica, ni los diez viajes me costaron ocho euros cuarenta como me repitió varias veces.

Antes de llegar a Madrid había contactado con varios estudiantes que tenían habitaciones disponibles en sus pisos compartidos. Me moría de ganas por dar ese paso porque nunca había compartido casa con nadie excepto con mis padres y mi hermano. Además, no me hacía ninguna gracia quedarme más de lo necesario en la habitación de aquel hotel que me resultaba frío y donde nadie sonreía. Una de las cosas que más me llamó la atención desde que llegué a la ciudad fue lo resignado que parecía todo el mundo que trabajaba de cara al público. No recuerdo ninguna sonrisa cómplice ni en el hotel, ni del asistente de metro que me explicó que «el Metrobús dejó de existir hace veinte años», ni del camarero que me sirvió un café con leche por la mañana en el bar a la vuelta de la esquina, a pesar de que desayuné los mejores churros de mi vida.

Era una sensación de apatía que contrastaba con la alegría que los madrileños solían transmitir. Me parecía sorprendente que tuvieran esta actitud, con este cielo sin nubes que cubría la ciudad. Me llegaron recuerdos de cuando era una niña y pasaba en Madrid el frío mes de Navidad; frío, pero bajo esa constante bóveda celeste azul que nunca llega a terminarse.

Mi idea era ir esa tarde a la universidad a finalizar la inscripción presencial y firmar los papeles de la «beca regreso», pero tenía dos pisos que ver. Había acordado ir a ver el primer piso esa misma mañana cerca de Tirso de Molina. Después de un corto paseo llegué a la plaza presidida por las dos bocas de metro, en ella escaseaba la vegetación y había varios niveles con bancos en los que algunos ancianos descansaban sentados, intentando aprovechar al máximo los que estaban bañados por los rayos de sol, duros y penetrantes, a pesar de ser tan temprano. Me dio la sensación de que los edificios se iban a echar encima de la plaza, en la que algunos bares tenían sombrillas colocadas para proteger a los clientes del sol de final de verano, aunque era aún muy pronto para que las mesas estuvieran colocadas en la plaza a la espera de los primeros clientes del turno de comidas.

El portal de la casa que iba a ver estaba a unos treinta metros de la plaza y, a los pocos segundos de pulsar el botón que había junto a la etiqueta desgastada que indicaba «5-D», la puerta se abrió con un sonido estridente. Atravesé un pasillo estrecho y oscuro que daba paso a lo que debía ser un ascensor y una escalera que salía a su derecha. El piso era un quinto y mi reloj marcaba que ya había cumplido con la mitad de los pasos que debía dar ese día, probablemente por haber andado hasta allí. Decidí que contaba como ejercicio suficiente para no sentirme mal por usar aquel artefacto que me esperaba tras un enrejado metálico.

Jamás había visto uno así pero, tras pulsar el mugriento botón, que me dejó una sensación pegajosa en el dedo, un mecanismo se activó y al sonido de un motor eléctrico en algún lugar del edificio se unieron unas cadenas en movimiento que trajeron el ascensor hasta el bajo. Cuando alcanzó mi nivel, abrí la puerta con dificultad y bastante fuerza, y luego empujé la cancela interior para acceder al pequeño habitáculo en el que no creo que hubieran cabido otras dos personas. Pulsé el botón de la quinta planta y mantuve la calma con la esperanza de que el traqueteo que hacía ese aparato al ascender fuera normal.

Al llegar al piso llamé a la puerta que tenía un cartelito con la letra «D» golpeando una pequeña aldaba, ya que no encontré ningún pulsador. Del fondo del piso se oyó un «está abierto», así que la empujé y me llegó un fuerte y penetrante olor. La misma voz dijo «cierra y sigue recto por el pasillo, estamos en el salón». Continué unos cinco metros en los que el olor se iba haciendo más evidente a marihuana. Entré en un pequeño salón donde dos chicos y una chica estaban viendo algo en una gran pantalla en la pared y fumaban llenando la estancia de humo.

—Hola, colega, tú debes de ser Sonia, ¿no? yo soy Marta —me dijo la chica sin levantarse del sofá— siéntate, ¿quieres un poco? —dijo ofreciéndome el porro que tenía en la mano.

No sabía cómo reaccionar y le dije que sí. Le di una calada y empecé a toser. En Inglaterra estaba prohibido en espacios públicos desde hacía cinco años y la poca gente que aun fumaba en sus casas usaba aquellos vapeadores tan ridículos.

—Gracias —dije devolviéndoselo— ¿Puedo ver la habitación?

La tal Marta me condujo a la estancia que había al final del pasillo, que no sería más grande que mi pequeño cuarto de Londres. Tenía tan solo una minúscula y sucia ventana por la que apenas pasaba la luz que provenía del patio interior. Una mesita de trabajo con una silla junto a la pantalla, además de la cama, eran los únicos enseres que había. Como no me sentía con muchas ganas de pasar tiempo en el salón con aquella gente, me imaginé que si decidía quedarme tendría que pasar largas horas entre esas cuatro paredes.

—¿Qué?, ¿te mola? Son solo mil euros al mes, electricidad y agua incluidas. El *Sapo* y el *Patillas* son buena gente, aunque ahora no están muy para charlar —dijo con una risa que bien podría haber sido de una mujer veinte años mayor que ella.

—¿Y el armario? ¿Dónde está? —pregunté, a lo que la chica levantó los hombros en señal de desconocimiento e indiferencia—. Gracias, tengo que ver otro piso más, y ya te digo algo mañana, ¿ok?

Salí a paso rápido de esa casa; la idea de estar un minuto más allí me hacía querer volver corriendo al frío hotel donde había pasado la noche. Bajé a la calle y cogí la línea 1 de metro hasta la estación de Bilbao, donde podría ver el barrio del siguiente piso antes de subir. Estas antiguas estaciones del metro de Madrid, a pesar de tener más de cien años, parecían modernas con sus paredes cubiertas de unas placas metálicas brillantes que les daban un aspecto limpio y luminoso. Además, los pasillos eran amplios y llenos de luz, no como los oscuros y estrechos conductos en forma de tubo que conectaban unas líneas con otras en el metro de Londres.

La macroestación de «Centro», como la llamaba la gente, me traía a la memoria las más grandes estaciones de mi ciudad natal, pero construida por completo bajo tierra. La densidad de tráfico nacional e internacional que pasaba por Madrid la hacían una de las más transitadas de Europa; ya que no había múltiples estaciones compartiendo importancia como en otras ciudades, sino que el flujo de pasajeros estaba bastante centralizado. Realmente era un conglomerado de todas las antiguas paradas de la zona más céntrica de Madrid, interconectadas por cintas de alta velocidad, desde Gran Vía al norte hasta Atocha por el sur, y desde Ópera al oeste hasta Banco de España al este. Todas esas paradas de metro habían sido fagocitadas en una sola, que incluía suburbano, trenes regionales y de alta velocidad al resto del país y al extranjero. A pesar de que fuera una única estación, las bocas de metro seguían manteniendo la doble denominación; todo el mundo seguía llamándolas por el nombre antiguo a la hora de usarlas como punto de encuentro. Era comprensible, puesto que llevaban siendo una referencia para los madrileños desde hacía más de un siglo.

Una vez salí del metro anduve por los alrededores del segundo piso que iba a ver. Cruzando la calle Fuencarral me encontré en un barrio muy agradable con calles estrechas pero muy limpias y ordenadas que seguían un patrón perpendicular. En el centro se encontraba la Plaza de Olavide; al ser ya la una, había al menos seis bares sirviendo comidas a pleno rendimiento. Pedí un plato combinado sentada en una de las mesas de la terraza y disfruté del sonido de los niños jugando en los parques de

la plaza, las conversaciones de los grupos adyacentes, y las risas de los amigos que paseaban.

Había quedado a las dos y media para ver el piso en el número catorce de la calle Monteleón. Así que tras terminarme el plato y sorber el último trago de Coca-Cola, fui caminando a paso lento. Era una pequeña calle de sentido único que salía de Carranza y, a pesar de ser amplia y con una mediana arbolada, tenía un recorrido de menos de trescientos metros puesto que unía la Glorieta de Bilbao y la glorieta donde estaba la estación de San Bernardo.

A la hora acordada llamé al interfono y, cuando la puerta se desbloqueó con el ya cotidiano sonido de chicharra, entré al interior del edificio. En este caso no tuve opción de usar el ascensor porque el mismo tenía un cartel que decía «Averiado»; crucé un patio en el que la luz de segunda mano se colaba rebotando desde el cielo iluminando la ropa tendida. Subí los tres pisos hasta un pasillo que daba al patio interior y llamé a la puerta; con esfuerzo, tirando del pesado bloque de madera maciza, me abrió una chica que debía tener dos o tres años más que yo. La primera impresión que tuve de esa estudiante de larga melena rizada y amplia sonrisa fue de instantánea familiaridad, pero no me imaginaba que sería mi confidente y amiga durante los años venideros. Le ofrecí mi mano para estrechársela.

—Hola, cariño. Eres Sonia, ¿no? Yo soy Rosalía —dijo sonriente antes de darme dos besos, ignorando mi mano extendida.

# Gran Vía

A los pocos minutos de entrar por primera vez en el piso ya estaba charlando animada con Rosalía y Andrea, y creo que yo les caí tan bien a ellas como ellas me cayeron a mí. Tras media hora de conversación, y una vez discutidos los detalles económicos y de convivencia (1.200 euros al mes, gastos incluidos, limpieza por turnos de zonas comunes cada semana y el espacio del que dispondría en la cocina), acordamos que me mudaría al día siguiente. Así que cancelé el resto de días en el hotel y llevé mis escasas pertenencias a mi nuevo hogar.

Mis compañeras de piso parecían un matrimonio, constantemente interrumpiéndose y discutiendo, pero me sacaban una sonrisa con cada frase y me hacían sentir una ternura inesperada. En la habitación contigua a la mía vivía Sandra, que ni salió a conocerme y era «más rara que un perro verde», según Rosalía.

Tras mucha ansiedad acumulada, aquella primera noche, sola en mi habitación, me eché a llorar. Algo de tristeza y sensación de desamparo, pero también emoción y orgullo, después de hablar con mis padres y contarles mis logros de los últimos tres días.

Era frustrante que todas las cosas que en Inglaterra daba por sentadas me costaran tanto. Era una sensación parecida a la de aquella vez que, para fortalecer los músculos tras una semana inmovilizada cuando me lesioné jugando al tenis, tuve que llevar tobilleras con pesas. La actividad más sencilla se veía lastrada por un montón de tareas de las que nunca me había tenido que preocupar. La gente hablaba muy rápido, la mitad de las cosas tenía que preguntarlas dos o tres veces. ¡Y mamá le echaba en cara a papá que no vocalizaba al hablar en español! Era tan extraño que, siendo esta mi «lengua materna» me sintiera perdida al hablar, a pesar de lo que se habían esforzado mis padres en que «en casa vamos a intentar hablar en cristiano», expresión que nunca entendí. Además, la gente se sorprendía al conocerme por «sonar a guiri» teniendo un nombre y apellidos tan españoles. Deseaba que esta sensación de no poder comunicarme bien con nadie se pasara pronto.

Durante los tres primeros días había conseguido inscribirme en la universidad y encontrar piso. Esos primeros pasos habían sido muy duros, pero la sensación de estar en mi propia habitación, aunque fuera en un piso que debía llevar construido desde antes de nacer mis abuelos, era de orgullo y de libertad. Tenía las paredes pintadas de colores chillones que serían el escenario de los recuerdos de varias generaciones de estudiantes, y una cocina pequeña pero ordenada en la que daban ganas de ponerse a cocinar. El resto de zonas comunes eran un baño compartido con azulejos de motivos bastante pasados de moda, y un salón casi ocupado por completo por un gran sofá de tres plazas, situado enfrente de la pantalla transparente que estaba instalada en la pared.

No disponía de muchas cosas, ya que dejé dos maletas en Londres para que me enviaran por *auto-trans* y poder recogerlas en un punto de entrega de Madrid una vez encontrara piso. Nunca había usado este servicio de envío de paquetes por tubos al vacío y me hizo gracia pensar en mi equipaje viajando por mitad de Francia a cien kilómetros por hora.

Así que, rodeada de cuatro paredes vacías (y muy amarillas), un radiador que debía tener por lo menos decenas de capas de pintura, y una ventana con increíbles vistas a la ropa tendida de todos los vecinos del bloque, me tumbé en la cama que había junto a ella. Es por esa ventana por donde me llegaban conversaciones, olores, gritos y, de vez en cuando, alguna que otra difuminada pincelada de un orgasmo lejano… Parecía una eternidad desde la última vez que alguien me dio una caricia, y me pregunté si sería fácil ligar en Madrid.

Aunque las clases no comenzaban hasta final de mes, conecté el móvil a la terminal de mi habitación y dediqué un par de horas a investigar el sistema informático de la universidad. Muy pocas veces utilizaba el teléfono porque, al igual que para casi todo el mundo de mi generación, el reloj cumplía con la mayor parte de las necesidades tecnológicas que tenía. Hasta los diecisiete años era ilegal usar un teléfono, y me había acostumbrado a realizar casi todas mis gestiones con mi reloj: mandar y recibir mensajes, orientarme, consultas rápidas, hacer fotos u oír música. Cuando tenía que pasar un rato delante de una pantalla, prefería conectarlo a un terminal y usar el modo escritorio, en lugar de las diminutas nueve pulgadas del teléfono cuando se desplegaba. Por otro lado, era un incordio tener que salir con aquel mamotreto en el bolsillo y a menudo me lo dejaba en casa si salía sin la mochila porque no tenía que llevar nada más.

Estuve investigando las condiciones de la beca, y me sorprendió un detalle que no había entendido bien cuando a principio de verano hice la preinscripción desde Londres. La ayuda incluía una compensación bastante generosa para el alojamiento porque se sobreentendía que tu familia vivía en el extranjero; aunque el requisito para mantenerla era aprobar todas las asignaturas del primer año.

Esa fue la primera de muchas noches en las que oía rumores provenientes de la habitación de la tal Sandra. Las demás habían salido con unos amigos que acababan de volver de pasar el verano de viaje así que, después de todas las emociones de los últimos días, merecía un buen descanso. Usando el altavoz inteligente, programé que la persiana no dejara pasar la luz hasta las nueve, y me dejé llevar por el sueño.

Abrí los ojos al oír los ya cotidianos sonidos que venían del patio de luces al que daba mi ventana. Era una calurosa mañana de domingo de septiembre, de esos últimos ramalazos que da el verano para que no te olvides de que técnicamente el otoño aún no ha llegado. De repente, oí unos golpes en la puerta «toc, toc, toc».

—¿Estás despierta? Voy a hacer café, ¿quieres, cariño? —oí susurrar a Rosalía en voz baja desde el otro lado de la puerta.

—Em, ¡sí! Gracias, salgo en cinco minutos —le respondí.

Aún medio dormida, desbloqueé mi única maleta con el dedo índice y busqué algo que ponerme. Cuando estuve vestida pasé al baño para lavarme la cara; me percaté del color de mis mejillas y le sonreí a mi imagen en el espejo, realmente tenía bastante buena cara.

Al llegar a la cocina vi que Rosalía había desplegado una mesita que estaba enganchada a la pared y una silla plegable a cada lado. Sobre la mesa, una cafetera humeaba y Rosalía sonreía al otro lado de dos tazas de café vacías.

—¿Qué tal tu primera noche en casa? Espero que no te despertáramos ayer al llegar. A Andrea se le va un poco la pinza cuando se toma un par de copas de más. Entra en modo «Andreazilla» como digo yo… Está como una cabra, aunque durante la semana se disfrace de chica responsable —dijo Rosalía.

—Parece que os lleváis muy bien, ¿hace mucho que os conocéis? —pregunté mientras me sentaba.

—El primer día de universidad, hace ya dos años, la reconocí de una de las primeras clases, sentada en una mesa de la cafetería ella sola. Nos pusimos a hablar y es que, además de ser chicas —que no es lo común en nuestra carrera—, nos caímos súper bien y aquí seguimos aguantándonos. El año pasado encontramos este piso y nos mudamos juntas con «la monja de clausura»; parece ser que tuvo algún problema con los antiguos compañeros y se fueron, pero desde que vivimos aquí es como si no estuviera —comentó Rosalía, haciendo referencia a Sandra y sirviendo café en ambas tazas. —¿Quieres leche?

—Eh, sí, una nube, porfa. Perdona, no recuerdo si me dijisteis lo que estudiáis, pero con la emoción de encontrar un piso bonito después del cuchitril que vi en Tirso de Molina se me ha olvidado —le dije un poco avergonzada.

—¡Ja, ja, ja! ¡A veces hasta a mí se me olvida, cariño! «Derecho e Inteligencia Artificial». Yo quería hacer electrónica, pero creo que habría aprendido poco; me pasé los años de instituto destripando cachivaches viejos y dándole nuevos usos. Encima, mi madre no me hubiera pagado la carrera si «estudiaba algo de *frikis*» —dijo cambiando la voz—. Tampoco te puedes esperar mucho más de una viejales del siglo veinte de una urbanización del extrarradio de Toledo —dijo medio enfadada Rosalía, mientras sorbía su café solo sin azúcar.

—Por cierto, ¿me puedes enseñar cómo funciona la lavadora? En el hotel no lavé nada y ya tengo casi todo sucio —dije un poco avergonzada de no saber usar el aparato cuyos botones y ruedas había investigado brevemente la noche anterior.

—Claro, cuando vayas a ponerla te cuento los programas básicos. Me da la impresión de que en Londres no te ocupabas mucho de la casa, ¿eh? No te preocupes, te explico luego cómo funciona todo. A hacer tostadas llegas, ¿no? —bromeó mientras se levantaba, ponía su taza y plato en el lavavajillas y se marchaba a su habitación.

Tras quedarme sola en la cocina empecé a explorar cajones y armarios; la encimera tenía un par de recipientes a rebosar de verduras frescas, y en los cajones había un montón de utensilios y aparatos que jamás había visto. Como buena inglesa, mi conocimiento de la cocina no llegaba mucho más allá de usar el horno siguiendo las instrucciones de un paquete de comida precocinada, hacer sopas instantáneas o fideos instantáneos con agua del *kettle* —el hervidor de agua—, u hornear la masa de los pasteles que hacíamos en la máquina amasadora. Al tercer armario deduje que alguna debía ser muy aficionada a la pasta porque había al menos diez tipos distintos, y en uno de los huecos más bajos encontré lo que parecían veinte latas de fabada asturiana. Al comprobar que los dos estantes del frigorífico marcados con mi nombre estaban vacíos, hice una nota mental de hacer algo de compra más pronto que tarde.

Decidí que, a pesar de ser domingo y no tener ningún plan, no me podía pasar el día entero en casa. Nunca pensé que sería tan difícil conjuntar ropa teniendo tan poco donde elegir, pero al no haber traído más de diez prendas era bastante complicado encontrar más de una combinación para cada una.

Salí a la calle tras bajar a pie los tres pisos. El ascensor, por lo que me dijo Andrea, había estado estropeado al menos el año que llevaban viviendo allí, y no tenían ninguna esperanza de que volviera a funcionar. Al abrir la puerta del portal me inundó ese olor a asfalto, tabaco, y perfumes de ambos sexos que llenan el aire de Madrid. Mi calle solía estar poco transitada durante el día, ya que los locales que daban a la acera eran, casi en su totalidad, bares que abrían a la hora que la gente termina de trabajar y cerraban cuando la madrugada empezaba a extinguirse. Tan solo llegaba el sonido lejano del tráfico de bicicletas de la calle perpendicular y el suave zumbido de los autobuses de la vía principal en la que desembocaba Monteleón. A menos de cinco minutos de casa tenía dos estaciones de metro de líneas distintas, lo que ponía a mi alcance casi todas las partes de Madrid sin tener que transbordar.

Seguí caminando hacia el sur, dejando atrás floristerías donde parecía que acababa de ocurrir una explosión de girasoles y dalias, supermercados forrados de pantallas con fotografías de los productos en oferta durante esa hora —fluctuaban automáticamente según la demanda y el precio en origen—, y un pequeño restaurante que me llamó la atención, donde el que debía ser el cocinero fumaba atento en la puerta mientras los trabajadores descargaban cajas rebosantes de hielo. Imaginé que dentro de ellos debían encontrarse los ingredientes con los que cocinarían el menú dominical. Seguí caminando y pensé que Mr. Gómez habría estado orgulloso al saber que reconocí algunos de los centenarios autores de los libros que silenciosos miraban a los viandantes desde los escaparates del par de librerías-café que quedaban. La que me llamó más la atención fue una que estaba en mi propia calle, *La Vita é Bella*; desde fuera se veían grupos de gente hablando mientras sorbían té o café, personas solas ensimismadas tras un libro o mirando al infinito en una de las dos mesitas que había en la acera. Una melodía de jazz lenta pero fluida se escapaba por la puerta cada vez que el camarero salía con la bandeja en la mano.

Al cabo de unos veinte minutos, llegué a la Gran Vía y recordé de golpe tantas Navidades andando, por esa calle flanqueada por edificios imponentes de la mano de papá y de cómo me sentía diminuta ante las mareas de gente abrigada hasta los dientes en busca de regalos, o tan solo emocionadas de ver la iluminación navideña. De pronto, me invadió un sentimiento de tristeza por estar tan lejos de mis padres y de mi hermano, pero también una tremenda ilusión por poder contarles todo esto que estaba viendo.

Me llamó la atención la cantidad de actividades y grupos mixtos de chicos y chicas que veía caminar y bromear juntos. Quizás fuera mi barrio de Londres o un aspecto cultural de Inglaterra, pero en mi memoria los grupos de amigos eran más homogéneos y los chicos se mezclaban poco con las chicas.

La última gestión que tenía para los próximos días era ir a registrarme en la oficina más cercana del SNS, el Sistema Nacional de Salud, al que pertenecían todos los centros médicos del país.

Me perdí durante el resto del día por aquella ciudad de fachadas dispares, imaginando que, tras cada uno de esos balcones minúsculos de los que tan pronto se asomaba una anciana regando sus flores como se apoyaba un chico en ropa interior para respirar un poco de aire puro, había una historia que merecía ser conocida. En mi barrio de Londres la densidad de población era mucho menor, y por esas calles me daba la sensación de estar rodeada de vida en punto de ebullición. Me sentí como cuando abría el mapa de un parque temático, queriendo explorarlo todo antes de que se fuera el sol… No sabía aún que lo mejor de Madrid se descubre una vez caída la noche.

# Argüelles

Bajaba unos escalones enormes aferrada a mi mochila. Cientos de ojos estaban fijos mirando hacia mí, sabía que llegaba tarde a clase, e incluso el profesor me miraba fijamente en silencio. Miraba a uno y otro lado, pero no encontraba ningún asiento libre. Las miradas penetrantes empezaron a cuchichear y reírse. Las carcajadas de pronto se mezclaron las unas con otras hasta convertirse en un sonido estridente que, de golpe, se tornó en la alarma de mi reloj, que descansaba sobre el cargador inalámbrico de la mesilla de noche.

Me vestí y metí en mi mochila todo lo necesario para mi primer día de clase: cuaderno y rotuladores especiales para escanear mis notas al terminar el día, y el teléfono. Salí por la puerta corriendo, la primera clase no daba inicio hasta las 9:15, pero quería llegar con tiempo porque no había pisado mi facultad desde que me inscribí, y me daba miedo no encontrar la clase con el alboroto de estudiantes el primer día lectivo. Tal y como había vivido en la pesadilla de esa noche, lo que realmente me causaba pánico era llegar tarde y tener cien pares de ojos fijándose en mí al entrar.

Esos últimos días de septiembre no habían hecho honor al llamado «Veranillo de San Miguel» y un aire frío entró en mis pulmones al aspirar la primera bocanada al pisar la calle.

Aunque la universidad no me quedaba lejos, tenía que coger dos líneas de metro o dos autobuses si no quería andar media hora larga a paso rápido. Decidí que lo más rápido sería ir en la línea 4 hasta Argüelles y allí coger la 6, la circular, a Ciudad Universitaria. Gracias a bajar corriendo las escaleras mecánicas en San Bernardo llegué a tiempo al primer tren sin mayor problema. Mi asombro llegó al ver la muchedumbre que se apelotonaba en el andén donde tenía que coger el segundo tren.f Era una estación peculiar puesto que tenía, además de los dos andenes laterales, uno central, más grande, que daba acceso a los convoyes que llegaban en ambas direcciones. Los tres andenes estaban repletos de gente que esperaba su tren tras las mamparas de cristal que los protegían de caer a las vías. Tuve que dejar pasar dos trenes ya que todos los vagones llegaban a rebosar y poca gente se apeaba. Al llegar el tercero, me encontraba justo en el lugar donde se abren las puertas para entrar cuando, en el momento de abrirse y apartarme por si alguien tenía que salir —norma protocolaria que había aprendido en el metro de Londres— una chica se me adelantó y se metió en el pequeño espacio que quedaba libre en el vagón, justo antes de que la mampara se cerrara.

—¡Eh, que estaba yo! —grité mirando a la chica, que estaba ya dentro del tren, quien me respondió con un guiño sacando la lengua mientras se alejaba en el convoy. Me fijé en que tenía un pequeño tatuaje en el cuello que mostraba a dos serpientes entrelazadas que se mordían la cola la una a la otra.

—*Fucking prick* —insulté en voz alta, y seguí pensando en ella el resto del camino hasta mi facultad, dándole vueltas al significado de aquel tatuaje.

Anduve unos cien metros por la Avenida Complutense, a rebosar de estudiantes animados aquellos primeros días de curso, hasta que llegué a la facultad. Desde fuera parecía una de las pocas construcciones modernas; el resto de edificios era o bien de diseño clásico y cuidado, o funcional, gris, y con apariencia de irse a derrumbar de un momento a otro, comidos por las humedades que ennegrecían las paredes. Por lo que leí en el material de bienvenida *online*, el edificio donde cursaría mi carrera había sido reformado hacía cinco años para que fuera neutro en emisiones de carbono. Toda la comida sobrante de la cafetería se procesaba en un digestor que generaba electricidad, las ventanas tenían paneles solares traslúcidos con unas estructuras alargadas acopladas encima de ellas que, al parecer, giraban según la época del año para bloquear o para dejar pasar la luz y controlar la temperatura del interior del edificio.

El ambiente a la entrada del aula magna reservada para aquellos primeros cursos en los que se matriculaban cientos de alumnos —la mayor parte de los cuales no seguiría allí al año siguiente debido a las estrictas leyes de permanencia— era de un extremo bullicio. Los recién llegados alumnos formaban grupos de dos o tres y hablaban sin parar. Aunque cada vez había menos cosas que se me escapaban al oír hablar español, se me hacía imposible seguir ninguna conversación. Me dio la impresión de que, al igual que sucedía en Inglaterra, los jóvenes moldeábamos el lenguaje introduciendo palabras y expresiones para que nuestros padres no terminaran de saber de qué estamos hablando.

De repente, al tiempo que atronaba un sonido de campana por un altavoz empotrado en el techo, la pantalla de tinta electrónica de la pared que había justo encima del marco de la puerta parpadeó durante una décima de segundo y mostró en grandes letras:

FUNDAMENTOS DE ELECTRÓNICA  
*Grupo C. 9:15 - 11:15*

Al entrar me sentí increíblemente pequeña. Unas treinta hileras de mesas se desplegaban ascendiendo hasta la entrada desde el lugar donde dos enormes pantallas presidían el aula. Mr. Gómez me había explicado cómo funcionaban algunas asignaturas en España y no tenía nada que ver con lo que veía allí. Era una clase magistral, aquellas en las que el profesor exponía un tema durante una hora, seguida de un fórum dirigido, con preguntas a los alumnos para crear conversación y debate. No eran muy habituales, pero ésta era una de ellas. Pocos profesores creían que fuera un buen formato, pero al existir libertad de cátedra, había aún muchos que seguían anclados a aquel sistema con el que era más que probable que hubiera estudiado la generación de mis padres.

En el caso de la asignatura en la que me encontraba, se componía de catorce casos prácticos, uno por semana. Asistir a esta clase y aprobar el cuestionario posterior era requisito indispensable para poder acceder a los siete primeros, con otra clase magistral antes del resto. Las demás asignaturas constaban únicamente de los casos prácticos con preparación previa *online*.

Sentí cómo el nudo del estómago se empezaba a deshacer, y me dirigí hacia un lateral de la clase, a unas diez filas de las inmensas pantallas, donde había un chico con la cara cubierta de acné que, me fijé, tenía un bloc de notas con varias secciones identificadas con pequeñas pestañas de colores.

Me senté en un asiento cercano, dejando un espacio libre entre ambos, pero al ver que más chicos y chicas seguían llegando y la clase se iba a llenar, creí conveniente sentarme a su lado para no dejar huecos sin ocupar.

—¿Te importa si me siento aquí? —le pregunté señalando el asiento que había libre entre ambos.

—Eh, no, claro —me confirmó, tras apartar un par de hojas escritas que desbordaban su espacio.

—Me llamo Sonia, ¿es tu primer día también?

—No, llevo una semana en las preparatorias y no me entero de mucho —me dijo avergonzado—. Me llamo Manel.

—Me imagino que es normal, he oído que el nivel es bastante alto —le dije sonriendo mientras colocaba mis rotuladores en fila y preparaba mi cuaderno para tomar notas, que digitalizaría al salir de clase en mi teléfono.

El murmullo bajó de intensidad repentinamente, el profesor acababa de hacer presencia en la clase. Era un hombre de unos cincuenta años, con una sonrisa increíblemente juvenil. Vestía un pantalón vaquero viejo y un jersey color turquesa del que sobresalía la mitad del cuello de una camisa. Andaba con un paso que bien podría ser el de alguien que pasea

la misma parte irracional de mi cerebro que había dicho que la quería unos

ponerlas por escrito. Quizás, si algún día tengo hijos, les guste conocer esta historia.

## Fin